

#26

«JULIO CORTÁZAR, ENCUENTROS Y DESENCUENTROS» DE LEYLA PERRONE- MOISÉS

(Traducción y presentación de
Max Hidalgo Nácher)

Artículo || Invitado | Publicado: 01/2022
DOI 10.1344/452f.2022.26.13
maxhidalgo@ub.edu

Derechos de autoría || © Leyla Perrone-Moisés y Max Hidalgo Nácher

Derechos de traducción || © Max Hidalgo Nácher

Licencia || Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 International License (CC BY-NC-ND 4.0)



NOTAS CRÍTICAS

«Julio Cortázar,
encuentros y
desencuentros» de
Leyla Perrone-Moisés

(Traducción y presentación de
Max Hidalgo Nácher)

DOI 10.1344/452f.2022.26.13

Presentación: Las vidas literarias de Leyla Perrone-Moisés: *Vivos na memória*

Max Hidalgo Nácher
Universitat de Barcelona

«Si yo fuera escritor, y estuviera muerto, cómo me gustaría que mi vida se redujera, por los cuidados de un biógrafo amigo y desenvuelto, a algunos detalles, a algunos gustos, a algunas inflexiones, digamos: a “biografemas”, cuya distinción y movilidad podrían viajar al margen de cualquier destino y llegar a tocar, como los átomos de Epicuro, algún cuerpo futuro, destinado a la misma dispersión».

Roland Barthes, *Sade, Fourier, Loyola* (junio de 1971)

Al ser preguntada por su trayectoria y sus trabajos pasados, Leyla Perrone-Moisés se presenta a sí misma como desmemoriada: dice no recordar las fechas y se sorprende al volver sobre lo ya hecho. «No suelo releer lo que escribo», comentaba en una ocasión, «pero, al releer alguno de esos textos, me asombro y me pregunto, ¿cómo he podido yo decir eso, hacer eso?». Esa mezcla de modestia y sorpresa encierra una clave de su actividad crítica, pues esa desmemoria surge sobre un gran fondo de memorias: el memorable *paideuma*, sobre el que ha escrito en *Altas literaturas*, el cual destila, junto a un olvido productivo, un saber con sabor. Leyla Perrone habla pausadamente, desde una calma receptiva, y escribe de modo conciso y transparente. Esa comunicación entre ambas dimensiones —el habla y la escritura, la vida y la literatura— atraviesa *Vivos na memória* (São Paulo, Companhia das Letras, 2021), un libro de memorias y de olvidos, ameno y cordial, por el que desfilan, entre tantos otros, Antonio Candido, Michel Butor, Claude Simon, Luciana Stegagno Picchio, Tzvetan Todorov, Haroldo de Campos, Julio Cortázar, Roland Barthes, Paulo Leminski, Waly Salomão, José Saramago, Lévi-Strauss y Jacques Derrida. Escritores e intelectuales con los que convivió la autora y que de ese modo quedan, a través de la escritura, en las redes redivivas del recuerdo, en una serie de relatos y retratos en que los pequeños detalles, como trazos rápidos sobre la tela, sirven para iluminar la singularidad del conjunto. Escribe ahí Leyla Perrone, reconstruyendo —al tiempo que habla de los otros— su propio estilo y trayectoria:

Con Décio [de Almeida Prado], director [del Suplemento Literario de *O estado de S. Paulo*] y escritor, aprendí un estilo de periodismo cultural. Me acostumbré a escribir para un público



NOTAS CRÍTICAS

«Julio Cortázar,
encuentros y
desencuentros» de
Leyla Perrone-Moisés

(Traducción y presentación de
Max Hidalgo Nácher)

DOI 10.1344/452f.2022.26.13

amplio, que busca información de calidad y no una especulación intelectual destinada a colegas especialistas. Aprendí que ser claro y sintético no es necesariamente ser superficial. Que escribir para el diario implica una actitud democrática y seductora. Los textos del propio Décio eran un modelo de ligereza y de gracia estilística, de alta cultura camuflada en diálogo informal.

Crítica literaria y profesora universitaria atenta a la contemporaneidad, Leyla Perrone (São Paulo, 1936) ha vivido toda una vida en la literatura. El *nouveau roman*, las obras de Lautréamont y de Pessoa, la crítica de Barthes o las relaciones críticas y literarias entre Brasil y Francia no serían lo mismo sin los estudios e investigaciones de una autora que, al mismo tiempo, no ha dejado de atender hasta el día de hoy a la actualidad literaria. *Vivos na memória* recorre la historia cultural y literaria reciente, que se encabalga con su propia vida, con generosidad hacia sus contemporáneos; todo lo más recurriendo puntualmente a un poco de ironía para marcar sus distancias respecto a autores y perspectivas. Y dando espacio, como no podía ser de otro modo en una escritura que se sumerge en lo imaginario, a los juegos de espejos: lo esencial de la lección de Barthes —«una persona gentil y delicada»— sería «su postura delicada y discreta». Donde se ve, a través de la circulación de unos pocos *biografemas*, uno de los múltiples modos de construcción de la herencia.

Retomando el género de las semblanzas —en lo que supone una vuelta sobre el género musical y poético del *tombeau*—, contribuye a la reconstrucción de la vida literaria de toda una época: la del estructuralismo y el *nouveau roman*, en la cual se produjo una crisis en las ciencias humanas —y en la crítica literaria— que era la promesa de una transformación. Una época en la que, en Brasil, se daba la mano la poesía concreta de los hermanos de Campos con la música de Caetano Veloso, al tiempo que este entraba en contacto con las experiencias artísticas de Helio Oiticica dando lugar al tropicalismo. Un momento en el que un acontecimiento como la defensa de la tesis doctoral de Haroldo de Campos —en la que leía *Macunaíma* con la ayuda de Vladimir Propp— podía servir de punto de encuentro entre unos mundos que, a partir de los años ochenta, han ido poco a poco distanciándose. A través de las páginas del libro, tejido con paciencia, vemos cómo se van tramando las memorias en la memoria y cómo, junto con esas vidas de los otros, despunta la propia trayectoria de la autora que —como pasaba con «Kafka y sus precursores» y con tantas otras fábulas borgianas— es a fin de cuentas quien los reúne en su memoria y su escritura.



NOTAS CRÍTICAS

«Julio Cortázar,
encuentros y
desencuentros» de
Leyla Perrone-Moisés

(Traducción y presentación de
Max Hidalgo Nácher)

DOI 10.1344/452f.2022.26.13

Giorgio Agamben ha afirmado en alguna ocasión que una vocación es siempre la revocación de otra vocación, y que un libro esconde o anuncia siempre otro libro. Así vemos cómo el origen y el destino, la voz y la escritura se complican en un tejido abierto a la contingencia. De ese modo, tal como a través de este libro —de estas vidas de los otros— se perfila, en su propio estilo, la vida de una autora que decidió dedicarse en gran medida a la crítica literaria, por detrás de su tarea de crítica literaria se perfila otra pasión: la de la pintura. Como presenta en su primer capítulo, dedicado a su maestro Samson Flexor y al Atelier Abstração en el que Leyla Perrone comenzó a formarse como pintora, esa vocación truncada por imperativo familiar se resolvió en un destino literario que retomaba el aprendizaje pictórico situándolo en un nuevo contexto. «Cuando era niña, pintaba mucho, y mi proyecto de vida era ser pintora», escribe. Y continúa, tras referirse al fin de esa vocación:

No fue una ruptura total, y las enseñanzas de Flexor permanecieron activas en mi modo de apreciar las obras literarias. Una novela o un poema, como un cuadro o una composición musical, están hechos de una armazón invisible de líneas de fuerza, de un juego de valores, contrastes cromáticos, retornos sutiles de temas antes anunciados etc. Es bueno que un crítico tenga una experiencia, aunque sea breve, de los procesos internos de la creación plástica. Mis preferencias literarias se orientaron naturalmente hacia las obras en que la expresión está controlada por una tendencia constructiva: el *nouveau roman*, el estructuralismo, la poesía del linaje de Mallarmé.

En mí quedaron, de las enseñanzas de Flexor, algunas disposiciones definitivas: la desconfianza en la representación artística de la realidad, el gusto por el experimentalismo, un antiacademicismo radical, el respeto por el trabajo del artista que conoce su oficio y una gran pasión por el arte como algo más grande que el artista en cuanto individuo.

Leyla Perrone empezó a escribir en el suplemento literario de *O Estado de S. Paulo* en noviembre de 1958, donde reseñó a Michel Butor, Claude Simon, Nathalie Sarraute, Alain Robbe-Grillet, Maurice Blanchot —de quien traduciría 45 años después *El libro por venir* (*O livro por vir*, Martins Fontes, 2005)— y a muchos otros, y solo posteriormente entró como profesora en la PUC-SP y, tiempo después, en la USP. Fueron esas primeras reseñas las que le llevaron a conocer personalmente a algunos autores del *nouveau roman*, como Butor, que fue el primero con el que estableció contacto a principios de los años sesenta, y cuya obra no dejaría de ser un punto de referencia y de inspiración para la crítica brasileña.



NOTAS CRÍTICAS

«Julio Cortázar,
encuentros y
desencuentros» de
Leyla Perrone-Moisés

(Traducción y presentación de
Max Hidalgo Nácher)

DOI 10.1344/452f.2022.26.13



Los caracteres que aquí aparecen son retenidos y presentados a través de *biografemas*: pequeños detalles puntuales o cotidianos que iluminan, en una pincelada y siempre desde el afecto, la vida y obra de un escritor o intelectual. Por la lectura de este libro sabemos y saboreamos algo de las salidas de Wally Salomão, del afecto elegante y discreto de Sarduy, del horror al ajo de Cortázar, del plurilingüismo *en ruso* de Jakobson y de la *soirée bénie* que Derrida y Haroldo de Campos compartieron en casa de Leyla Perrone. De ese modo, el recuerdo se recorta sobre un fondo de olvido para levantar, *vivas en la memoria*, las semblanzas de unos autores rememorados en una escritura que así permite que vivan en nosotros, sus lectores. De la autobiografía pasamos así a una alterbiografía plural, en la que se nos invita a entrar, a través del hilo pacientemente trenzado del recuerdo y la escritura, en la vida literaria de toda una época. Una época que fue cerrándose con cada una de las muertes que se evocan en el libro —siempre, por lo demás, desde la perspectiva de la vida y de la literatura—. Escribía Leyla Perrone en otro lugar sobre Barthes:

Barthes recibiría también con desconfianza la afirmación según la cual el mundo cambiaría con su muerte. Pero yo sé que cambió. Levemente (el mundo es grande), imperceptiblemente (¿cuántas personas lo conocían, lo leían?), pero ciertamente el mundo se volvió más rígido. Serán pocos los que lo perciban, pero la gran estupidez universal se volvió un poco más densa sin su mirada clara y lúcida, un poco más triunfal sin su crítica ironía. Un poco más abandonada (la estupidez no lo sabe, pero también quedó huérfana), un poco más entregada a su coagulada repetición, sin la secreta ternura con la que él la desmontaba, detectando sus ocurrencias en todas partes y, ante todo, en él mismo.

Entre muchas otras cosas, este libro recrea, a partir de fragmentos, la vida cultural de una época, y propone una tradición en que la vida y la literatura se dan la mano, dejándose impregnar del resto de saberes, que incluyen a las ciencias humanas (con Lévi-Strauss) y a la filosofía (con Derrida). Como afirmaba Barthes en su *Lección* de 1977, «la literatura hace girar los saberes, no fija ni fetichiza ninguno» —lo que quiere decir que los incluye y los desborda—. Tal como, por lo demás, esta autobiografía construida a partir de las vidas de los otros rebasa tanto a la autora como a los biografiados para construir unas vidas de papel destinadas a la lectura y al desleimiento. Y como, junto a la lectura y como prolongación de ella, la traducción es uno de esos modos de la rememoración en que se dan la mano la memoria y el olvido, aquí ofrezco, por seguir tirando del hilo, una traducción al castellano del capítulo que, en *Vivos na memória*, Leyla Perrone dedica a Julio Cortázar.

NOTAS CRÍTICAS

«Julio Cortázar,
encuentros y
desencuentros» de
Leyla Perrone-Moisés

(Traducción y presentación de
Max Hidalgo Nácher)

DOI 10.1344/452f.2022.26.13

Julio Cortázar, encuentros y desencuentros

Leyla Perrone-Moisés

(Traducción de Max Hidalgo Nácher)

En mi viaje a París, en diciembre de 1968, yo llevaba un paquete de libros enviados por Haroldo de Campos para su amigo Julio Cortázar (1914-1984). El escritor residía en la ciudad desde 1957. Tras partir voluntariamente por discrepar con el peronismo, residió en ella hasta que le fue impedida definitivamente la vuelta a Argentina por ser uno de los enemigos más notorios de la dictadura militar que lo siguió.

Después de acordar el encuentro por teléfono, me dirigí a la Rue de l'Éperon, una callejuela que conecta el Boulevard Saint-Germain con la Rue Saint-André-des-Arts. Era (y es todavía) un edificio encantador, con un portón antiguo que daba a un pequeño patio cercado de plantas. Subí las escaleras, llamé al timbre del piso y la puerta se abrió.

Delante de mí estaba un hombre muy alto. Vestía pantalones vaqueros y un jersey rústico de marinero portugués, bordado con anclas y barquitos negros. El rostro pálido de trazos regulares estaba dominado por unos ojos claros muy separados y cejas espesas, que, junto a una arruga profunda que las conectaba, le daban una expresión de asombro. El pelo negro, un poco largo, estaba revuelto. No tenía barba en aquel momento. Era un hombre extrañamente guapo, de edad indefinida. Hasta el final de su vida, mantendría esa apariencia de joven viejo o de viejo joven, que intrigaba a los que sabían su edad.

Muy afectuoso, me invitó a entrar. Lo primero que vi en la casa fue un póster en el vestíbulo. En él aparecía el perrito Snoopy mecanografiando, en su minúscula máquina de escribir, el siguiente texto: «*Era una noche oscura y tormentosa...*»¹. El póster anunciaba la casa de un escritor que, aunque ya fuera famoso, no se tomaba a sí mismo tan en serio.

El escritor me condujo hasta la sala, donde nos sentamos a la vera de una chimenea o de algo parecido. Me presenté, entregué los libros, di noticias de Haroldo y continuamos conversando. Me preguntó qué es lo que hacía en París y se entusiasmó cuando supo que yo



NOTAS CRÍTICAS

«Julio Cortázar,
encuentros y
desencuentros» de
Leyla Perrone-Moisés

(Traducción y presentación de
Max Hidalgo Nácher)

DOI 10.1344/452f.2022.26.13



trabajaba sobre Lautréamont. Cortázar era un lector apasionado del poeta franco-uruguayo. Conversamos sobre *Los cantos de Maldoror*, y de repente Julio dijo esta frase: «Veo frecuentemente a Isidore Ducasse en la Rue Richelieu». Ahora bien, Isidore Ducasse, verdadero nombre de Lautréamont, murió en 1870. La calle en cuestión es una calleja sombría al lado de la antigua Bibliothèque Nationale. Por algún tiempo, Isidore vivió muy cerca de ella, en la Rue Vivienne, y en los *Cantos de Maldoror* es referida en el pasaje en que el malicioso Maldoror persigue al adolescente Falmer.

Pensando que tenía que interpretar la declaración de Julio como metafórica, sonreí. Él me dijo: «No rías, yo lo veo de hecho». Fue la primera vez que una extraña observación de Julio me desconcertaba. Habría muchas otras, en los años que vendrían. Poco a poco, iría comprendiendo que Julio vivía en nuestro mundo real, pero también en un mundo suprarreal cuya frontera atravesaba con facilidad. Y ese, su modo de ser, nos llevaba a verlo, al mismo tiempo, como un hombre real y un ser de otro mundo. En el cuento «El otro cielo», publicado dos años antes de ese, nuestro primer encuentro, Cortázar trataba justamente de esos «pasajes» entre dos mundos, y presentaba el personaje de un joven sudamericano del París del Segundo Imperio, cuya identidad anunciaban los epígrafes del cuento sacados de los *Cantos de Maldoror*.

El relato de sus encuentros con Isidore Ducasse me fascinó tanto que quedó como el único recuerdo de este primer encuentro. Al día siguiente, cuando fui, como de costumbre, a la Bibliothèque Nationale, atravesé la Rue Richelieu y tuve un cierto miedo de andar por sus calzadas estrechas y de mirar hacia sus altas paredes, oscuras y sin ventanas.

Mi segundo encuentro con Cortázar fue al año siguiente, en una cena en casa de Ugné Karvelis (1935-2002), con quien Julio estaba entonces casado. Ugné, nacida en Lituania, trabajaba en la Unesco y en la editorial Gallimard. Era una mujer grande, imponente, e intimidaba un poco. Más allá de las afinidades intelectuales, los dos tenían posiciones políticas semejantes. Se conocieron en La Habana, y ambos eran entusiastas de la revolución cubana. Pero, en aquel momento, su relación ya se tambaleaba.

Posteriormente, me encontré con Cortázar muchas veces en casa de Alice y Georges Raillard. En esas ocasiones, lo recuerdo siempre solo y muy discreto. Un perfecto

NOTAS CRÍTICAS

«Julio Cortázar, encuentros y desencuentros» de Leyla Perrone-Moisés

(Traducción y presentación de
Max Hidalgo Nácher)

DOI 10.1344/452f.2022.26.13



*caballero*², serio y un poco solemne. A pesar de décadas de vida en París, no adhería a aquel *esprit* parisino que Georges encarnaba tan bien: observaciones rápidas, irónicas, chismes sobre los ausentes y provocaciones destinadas a los presentes, que hacían reír a toda la mesa. Julio no reía con esos chismorreos. Una vez, él mismo dijo que no era suficientemente rápido para entender aquellas bromas de Georges. Sabemos que humor no le faltaba, pero era de otro tipo.

Los años fueron pasando, seguí encontrándome ocasionalmente con Cortázar en París. Hasta que, en 1975, Haroldo me comunicó que vendría de incógnito a São Paulo para encontrarse con su madre y su hermana, que irían desde Buenos Aires. Cortázar era miembro del Tribunal Russell. Ese tribunal, que pretendía inicialmente juzgar los crímenes de guerra cometidos por los Estados Unidos en Vietnam, en 1974 se transformó en el Tribunal Russell II, centrado en las dictaduras sudamericanas.

Dado que no podía volver a Argentina, el escritor planeó aquel encuentro familiar en São Paulo, ya que, en Brasil, aunque también estuviéramos en una dictadura, el riesgo de ser apresado era un poco menor. El viaje debía, sin embargo, rodearse del mayor secreto. Haroldo y yo fuimos a buscarlo al aeropuerto de Congonhas en mi coche. Cortázar desembarcó un poco nervioso porque, en Río, tuvieron que cambiar de avión, lo que era normal en aquellos tiempos. Pero él protestó, pues consideraba ese percance de mal augurio. Llevamos su equipaje a un hotel modesto en la avenida São João, donde los huéspedes, pensaba Cortázar, pasarían más desapercibidos que en uno grande.

Cortázar tenía que resolver un problema con el billete en la agencia de Air France, en la avenida São Luís. Decidí dejar el coche en un *parking* de la calle Consolação. El *párking* era subterráneo y, en el momento en que llegamos al oscuro garaje, Cortázar entró en pánico: «¡Leyla! ¿Dónde me llevas?». Esta y otras reacciones del escritor mostraban su estado de ánimo, dividido entre la alegría de los reencuentros y el temor, bien fundado, a la policía brasileña y argentina. Intentamos tranquilizarlo y fuimos caminando por la avenida.

Cuando pasábamos por una agencia de viajes, Julio me cogió del brazo y me mostró, en la vitrina, la miniatura de un transatlántico. Y me dijo: «Imagina qué bonito sería esparcir azúcar en la cubierta del barco y soltar en él un montón de hormigas. Se agitarían en todas direcciones, como pasajeros chiflados». Idea típica de Julio, que

NOTAS CRÍTICAS

«Julio Cortázar, encuentros y desencuentros» de Leyla Perrone-Moisés

(Traducción y presentación de
Max Hidalgo Nácher)

DOI 10.1344/452f.2022.26.13



siempre adoró los barcos y veía todo con los ojos de la imaginación.

En los días que siguieron, estuvo en Campos do Jordão, donde se encontró con su madre y su hermana. En São Paulo, Haroldo de Campos, el gran traductor Boris Schnaiderman (1917-2016) y yo pasamos muchos buenos momentos con él. En uno de esos encuentros, fuimos a tomar un aperitivo en el Pingão do Largo do Arouche y nos sentamos en una terraza. La estatua del emperador Augusto, con el dedo en ristre, parecía apuntar hacia nuestra mesa, como indicando que ahí había alguien especial. Ya habíamos comentado, entre nosotros, que nuestro «cadáver» era difícil de esconder, porque, además de muy grande, era una figura conocida por todos por las fotos de los periódicos y las revistas.

Otro día, comimos en el restaurante Mexilhão, en la calle Treze de Maio. Fui a buscar a Julio en el hotel, Haroldo y Boris nos esperaban en el restaurante. Cuando pasábamos, ya a pie, por la esquina de la Treze de Maio con la plaza Dom Orione, me fijé en una maleta vieja tirada en la acera y le dije a Julio: «¡Es la maleta (*valise*) del Cronopio!»). (*Valise de Cronopio* es el título de una antología de ensayos de Cortázar, publicada por Haroldo de Campos y Davi Arrigucci en 1974 en la editorial Perspectiva.) Le gustó la idea y decidió llevarse la maleta para enseñársela a sus amigos. Fue así como los camareros y los clientes del Mexilhão vieron, asombrados, a un señor elegantísimo, con traje y corbata, cargando con una maleta destrozada. Dejó la maleta al lado de nuestra mesa y acordamos que, más tarde, Cortázar la firmaría. Cuando llegó el momento de pedir los platos, llamó al camarero y le dijo: «¡Tenga cuidado en que no haya ningún resto de ajo en la comida! ¡Me ocurren cosas horribles cuando como ajo!». El camarero se fue asustado, pues el cliente podía ser un vampiro.

En el día de su partida, Julio tenía que comer en mi casa. Preparé un vatapá sin ningún resto de ajo y limpié un poco la maleta del Cronopio, para que pudiese recibir el autógrafo que la volvería un precioso *ready-made*. Pero el teléfono sonó, y era Haroldo. Me contó que nuestro amigo había salido un rato, y al volver el gerente del hotel le dijo que, en su ausencia, habían aparecido unos policías que registraron su cuarto. Dada la situación, Cortázar se dirigió inmediatamente al aeropuerto, con la intención de tomar el primer vuelo hacia París. No pudo comer el vatapá ni firmar la maleta, contratiempos insignificantes ante el riesgo que el escritor corría.

NOTAS CRÍTICAS

«Julio Cortázar, encuentros y desencuentros» de Leyla Perrone-Moisés

(Traducción y presentación de
Max Hidalgo Nácher)

DOI 10.1344/452f.2022.26.13



El periodista Marcos Faerman vio a Cortázar en el aeropuerto, antes de que el escritor tomara su avión y volviera a París. El fotógrafo Antônio Lúcio tomó entonces dos fotos suyas, sentado leyendo un libro. Faerman lo retrató así:

Allí estaba uno de los mayores escritores de América Latina, solo, muy alto (más de dos metros), gafas de sol. Me pareció que estaba tranquilo, leyendo un libro de Octavio Paz, el gran poeta y ensayista mexicano —distráido, como si no estuviera en un aeropuerto—. Cuando vi cómo cerraba las páginas del libro y empezaba a pasear, no pude dejar de pensar que estaba un poco triste, pero las personas que viajan solas siempre parecen un poco tristes. Era el hombre más alto del aeropuerto, el rostro oculto tras las gafas de sol, las mismas cejas gruesas, muy suyas, un estilo de barba que parece ser la marca exclusiva del señor Julio Cortázar. Caminaba con elegancia, pero al mismo tiempo con la fuerza de un pugilista. Tiene las manos de un buen peso pesado [...]*

En la noche anterior, Julio asistió al concierto de Maria Bethânia en el Tuca, y después del espectáculo, tomando un cóctel de limón en el Cristal había expuesto a Marcos Faerman, además de otros asuntos, su teoría según la cual Bethânia y Caetano eran la misma persona. Curiosamente, parece que la Mãe Menininha del Gantois también consideraba que estaban unidos.

En los siguientes años, volví a ver a Julio algunas veces en París. Se separó de Ugné Karvelis y encontró el último amor de su vida, la escritora y fotógrafa canadiense Carol Dunlop. Los dos se casaron en 1979 y escribieron juntos el libro de viajes *Los astronautas de la cosmopista*. Ella era preciosa y 32 años más joven que él. Fueron quizás los años más felices del escritor, hasta que, en 1982, Carol murió de cáncer. A partir de entonces, Julio se sumergió en una profunda melancolía.

En febrero de 1984, yo estaba nuevamente en París y Alice Raillard me dijo que Julio estaba hospitalizado. Desde hacía muchos años el escritor sufría de una forma de leucemia que empeoraba lentamente. Quedamos, Alice y yo, en visitarle en el hospital, donde tomaríamos un té en su compañía. Según Alice, él estaba mejor y se alegraba con la idea de nuestra visita.

En el día convenido, decidí volver a casa después de la comida, animada con la perspectiva de la tarde. Llovía, entré corriendo en un autobús abarrotado. En frente de mí, de pie como yo, un pasajero leía el diario *Le Monde*. La primera página del diario estaba ante mis ojos, y leí en ella: «*L'écrivain Julio Cortázar est mort*». No tuve más remedio que aceptar la noticia, pero inmediatamente las

NOTAS CRÍTICAS

«Julio Cortázar,
encuentros y
desencuentros» de
Leyla Perrone-Moisés

(Traducción y presentación de
Max Hidalgo Nácher)

DOI 10.1344/452f.2022.26.13

lágrimas empezaron a correr por mi rostro, para asombro de los otros pasajeros.

Llamé por teléfono a Alice, que me confirmó la noticia. Alice me invitó a acompañarla al velatorio, pero no quise ir. Yo no creía ser una persona tan cercana al escritor para unirme a sus allegados en esa ceremonia, y no quería ver a Julio muerto. Al día siguiente, fui al entierro, en el cementerio de Montparnasse. El séquito era relativamente pequeño, muy pequeño en comparación a la grandeza del muerto. «Pocos franceses», comentó Georges Raillard. Y añadió que Francia no había asimilado a Cortázar, tal como el titular de *Le Monde* revelaba. Si fuese realmente conocido, como merecía, no habría sido necesario decir «*l'écrivain Julio Cortázar*».

La mayoría de los presentes eran latinoamericanos, algunos muy jóvenes. Pero había también un grupo de españoles, entre los cuales se distinguía al pintor Antonio Saura, hermano del cineasta. Noté que los españoles eran los más dignos: vestían con sobretodos negros y caminaban acompasadamente. Con su seriedad y su altivez, eran perfectos para la ocasión. Fue muy conmovedor ver el ataúd de Julio descender para unirse al de su amada Carol que, contra todas las leyes de la naturaleza y por descuido de los dioses, lo precedió en aquel túmulo.

Hoy, en Argentina, Cortázar es celebrado por muchos de sus compatriotas como uno de los dos mayores escritores del país. Hay grandes fotos suyas en las librerías y se le dio su nombre a una bella plaza. Entretanto, en vida, se hablaba muy mal de él. No se le perdonaba el largo exilio y el afrancesamiento. Sorprendentemente (o no), eran los marxistas los que más lo criticaban, señalando una incoherencia entre su apoyo incondicional a Cuba y la literatura sofisticada que practicaba. Esos marxistas creían que debía escribir sobre y para el pueblo, y lo consideraban un burgués esnob. Por mucho y por muy bien que él mismo se defendiera, en cartas y artículos, esas críticas le hacían sufrir.

En la conversación con Marcos Faerman, que le preguntó al respecto, respondió: «Mucha gente confunde política con literatura y literatura con envidia». Fórmula perfecta. Tal vez por envidia, Héctor Bianciotti (1930-2012), argentino que también vivía en París, me dijo un día que el español porteño de Cortázar era «viejo», debido a sus años de ausencia. Años más tarde, Bianciotti se convirtió en un escritor francés, miembro de la Académie. Destinos muy diferentes, los de esos dos argentinos escritores.



NOTAS CRÍTICAS

«Julio Cortázar,
encuentros y
desencuentros» de
Leyla Perrone-Moisés

(Traducción y presentación de
Max Hidalgo Nácher)

DOI 10.1344/452f.2022.26.13



Bianciotti sí cambió de país y de lengua, mientras que Cortázar escribió en español hasta su muerte.

Solo conseguí homenajear al gran Julio en 2004, con ocasión del nonagésimo aniversario de su nacimiento, cuando publiqué en la revista francesa *Littérature* un ensayo («Passages: Isidore Ducasse, Benjamin et Julio Cortázar») sobre su cuento «El otro cielo», del libro *Todos los fuegos el fuego* (1966). En ese cuento, Cortázar efectúa un viaje en el tiempo, entre el Pasaje Güemes de la Buenos Aires del siglo XX y la Galerie Vivienne de París del siglo XIX, frecuentada por un misterioso sudamericano, cuya expresión era «bella y ausente y lunática». El epígrafe del cuento lo identifica: el uruguayo Isidore Ducasse, conde de Lautréamont. Los pasajes entre lo real y lo imaginario eran el hábitat de esos dos grandes escritores sudamericanos.

En enero de 2012 estuve en Buenos Aires y anduve por la plaza Julio Cortázar, acordándome de él con cariño. En París, desde 2007, también hay una placita con el mismo nombre en la punta de la Île Saint-Louis, donde ambientara el cuento «Las babas del diablo», adaptado por Antonioni en el filme *Blow Up*. ¿Quién sabe si un día volveré a ver a Julio en París, caminando en compañía de Isidore Ducasse en la Rue Richelieu, volviendo de la Galerie Vivienne y dirigiéndose al Pasaje Güemes de Buenos Aires? Si tal cosa aconteciera, no tendría miedo; al contrario, me maravillaría.

¹ N. del. t.: en castellano en el original.

² N. del. t.: en castellano en el original.

* *O Estado de S. Paulo*, 26 de mayo de 1975.